

Manuel Antonio Garretón

Winner of the Kalman Silvert Award for 2015

El deseo de comprender e intervenir: Una nota autobiográfica

La vida, nos dice García Márquez en su autobiografía, no es lo que uno vivió sino lo que uno recuerda y cómo lo recuerda para contarlo. Es lo que me ocurre al hacer una nota autobiográfica con ocasión del gran honor que se me ha hecho al otorgárseme el Premio Kalman Silvert.

Y mi cuento o relato de lo que ha sido mi trayectoria en el campo de estudios latinoamericanos, que quizás no sea exactamente como fueron las cosas, es que él está identificado con el desarrollo de mis estudios y, posteriormente, trabajos de mi vocación de sociólogo, en términos formales, y de politólogo, por ejercicio, es decir, de sociólogo político que es mi ámbito profesional, aunque la vocación intelectual exceda largamente las definiciones disciplinarias.

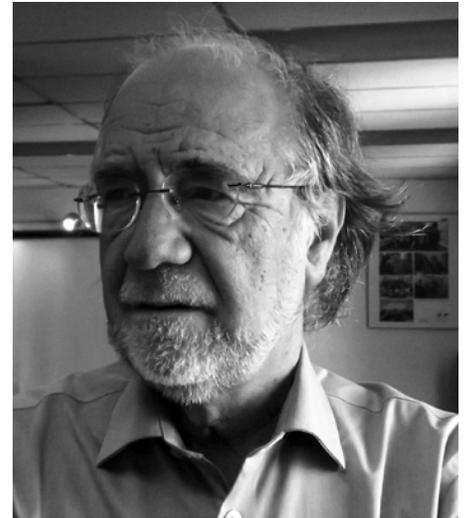
Así recuerdo que siendo estudiante del último año de sociología se me solicitó que hiciera un curso sobre problemas sociales para satisfacer las inquietudes políticas de los estudiantes, pensando en el modo cómo este tema se planteaba en las universidades norteamericanas. Eran los mediados de los sesenta. Y lo que hice fue proponer un curso de sociología del desarrollo o de problemas estructurales de la sociedad chilena en el contexto latinoamericano. Los textos de Germani y de la CEPAL de Medina Echavarría, que eran lo más avanzado y crítico que se disponía fueron el sustento básico de ese curso.

Muchos años más tarde cuando fui Director de Sociología en la Universidad de Chile al reformular la malla curricular en las materias de teoría, normalmente dedicadas al análisis del pensamiento de clásicos y contemporáneos de los países “centrales” en términos de teoría general,

introduje una asignatura de teoría y sociedad en América Latina, que se transformó en referente para los programas de sociología. De lo que trataba en ambas experiencias, separadas por casi una vida, era de mostrar que América Latina, más en una perspectiva de tipo ideal histórico que de trayectoria comparada de países y más que un objeto de aplicación de teorías y perspectivas ya establecidas en los centros académicos desarrollados, era un objeto de teorización tan indispensable para la ciencia social como lo eran las sociedades definidas como modernas y en las que se había fundado la ciencia social. Sin la reflexión sobre América Latina, como también sobre otras sociedades “periféricas”, y la elaboración de nuevas categorías para comprenderlas, toda ciencia social quedaría trunca y no sería propiamente ciencia social.

Debo reconocer que la contribución en esta tarea no hubiera sido posible sin incorporar los conocimientos, intuiciones y visiones sobre América Latina que provienen del cine, la literatura, incluso ciertas obras televisivas. En mis cursos en los diferentes niveles estos trabajos eran tan indispensables como la bibliografía de las disciplinas científico-sociales.

Pero no se trataba solo de ayudar, junto con tantos otros de la generación anterior y de mi propia generación, a incorporar a América Latina a la ciencia social universal. Sino también de generar instrumentos de análisis para comprender una realidad y transformarla. En ese sentido, lo que en mis estudios sobre las ciencias sociales en América Latina he comprobado es absolutamente válido para mí mismo: no se pueden entender aquellas si no se las vincula a los proyectos históricos de transformación de la sociedad. Ello no quita su carácter científico sino que, por el contrario, ratifica un carácter particular



esencial que tienen las ciencias humanas: su vinculación a los procesos de emancipación social.

Así, en lo que son mis trabajos de investigación, desde los primeros que se enmarcaron en las cuestiones de marginalidad, pasando por lo análisis de los procesos políticos en Chile, la renovación del pensamiento socialista, el estudio de las dictaduras militares y de las transiciones democráticas, la crítica a estas últimas, el estudio de los procesos culturales y los modelos de modernidad, el análisis de actores y movimientos, la transformación de las relaciones de Estado y sociedad, podrá encontrarse siempre el intento al menos —porque nunca tendremos la seguridad de haber cumplido lo que creíamos querer hacer— de generar nuevos conceptos y marcos analíticos que sirvan para comprender y al mismo tiempo para ayudar en la búsqueda de nuevas alternativas para los actores involucrados en la lucha por una sociedad más igualitaria y con mayores posibilidades de realización humana. De ahí una cierta obsesión por definir, a la vez, una problemática histórica central, ahí donde todo parecía conjunción sucesión de acontecimientos o suma de problemáticas particulares, y un concepto límite, a la vez objeto de estudio y horizonte normativo de los conflictos y luchas sociales, lo que alguien ha llamado el horizonte utopístico. Y si muchas veces estos trabajos se referían principalmente a mi país, Chile, ello se hacía siempre en el ámbito del contexto latinoamericano.

Es evidente que entre la tarea de analizar y comprender y el deseo de intervenir y protagonizar historia existe una tensión y un desgarramiento del que nunca escapamos y donde el fracaso amenaza a cada instante. Y quizás nuestro único consuelo para ello, como he dicho muchas veces, sea lo que decía Neruda respecto de sus versos en su discurso del Premio Nobel (y los científicos sociales aprendemos mucho sobre nuestras sociedades de los discursos de los latinoamericanos que lo han recibido), los que concebía como panes e instrumentos de trabajo. Quisiera también pensar con toda humildad que los conceptos y análisis que construimos no tienen otra pretensión que tratar de ser panes para el hambre de conocimiento y de comprensión, e instrumentos en la lucha por construir historia.

Terminemos reconociendo lo principal. Como he sugerido más arriba, en la vocación de convertir a la sociedad chilena y latinoamericana y su transformación hacia mejores horizontes, en el objeto principal del trabajo intelectual y profesional no he estado solo. Muy por el contrario. Lo aprendí de mis profesores de la época universitaria, pero especialmente desde hace más de cuarenta años, de mi maestro Alain Touraine, también Premio Kalman Silvert, con quien comparto el “deseo de historia” y la obligación del sociólogo o científico social de ser, a la vez, “solitario y solidario” en su tarea. Y también de los colegas latinoamericanos, algunos muy queridos ya fallecidos, y estadounidenses con los que compartí en el proyecto sobre transiciones, hito fundamental en mi desarrollo profesional e intelectual y en la inserción para mi trabajo del caso chileno en el contexto latinoamericano, y en tantos otros como el espacio cultural latinoamericano, los

partidos políticos en el Cono Sur, el miedo y las dictaduras, la transformación de la matriz sociopolítica latinoamericana, el desarrollo de las ciencias sociales en América Latina, por nombrar algunos ejemplos. Pero también en comités como el del Social Science Research Council, LASA, o los Grupos de Trabajo de CLACSO y en seminarios, Congresos y docencia en universidades norteamericanas y latinoamericanas. Sería imposible en este espacio nombrar todos los estudiantes y colegas sin cuyo aporte mi trabajo no sería absolutamente nada. Este Premio es un homenaje y reconocimiento a todos ellos. ■